

Trajineras y carruajes en el Paseo de la Viga

“Trajineras” and Carriages in the *Paseo de la Viga*

Resumen

En las siguientes páginas, recorreremos el canal y el paseo de la Viga, con algunas referencias de los retratos literarios que de ellos hicieron escritores mexicanos y extranjeros. Con ellos iremos de paseo tanto en trajineras como en carruajes por el canal y el paseo en el siglo XIX. Será a través de aquellos que con sus plumas nos dejaron los cuadros de costumbres.

Palabras clave: La Viga, Viajeros, Siglo XIX, Paisaje, Paseo

Abstract

In the following pages, we will tour the canal and paseo de La Viga, with some references of the literary portraits made of them by Mexican and foreign writers. With them, we will go for a walk in both trajineras and carriages along the promenade and the canal in the XIX century. It will be through those writers who with their pens left us paintings of the customs of the time.

Key words: La Viga, Travelers, XIX Century, Landscape, Stroll

Fuentes Humanísticas > Año 31 > Número 58 > I Semestre > enero-junio 2019 > pp. 35-47.

Fecha de recepción 19/06/2019 > Fecha de aceptación 10/10/2019

barteta@prodigy.net.mx

* Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco.

¹ Una versión previa del presente artículo se presentó como ponencia y forma parte de las memorias del 4º Coloquio del Área de Historia y Diseño. *Lugares perdidos* (sin ISBN). Organizado por el Departamento de Evaluación del Diseño en el Tiempo, División de Ciencias y Artes para el Diseño, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco. Ciudad de México, 2013.

Los espacios cambian con el transcurrir de los años, algunos, debido a fenómenos naturales tardan millones de años para modificarse. Sin embargo, el hombre, de acuerdo con sus necesidades, se sirve del entorno que lo rodea y lo transforma, para facilitar en la medida de sus necesidades la vida cotidiana. La cuenca de México por su situación geográfica tuvo una propensión lacustre con la que la naturaleza la dotó, y la civilización mesoamericana más importante que la habitaba, a la llegada de los españoles, la eligió para vivir en ella como un lugar escogido por sus dioses. Ahí, los mexicas erigieron sus centros ceremoniales, construcciones pesadas que edificaban en los islotes, calzadas, casas habitación en chinampas, al igual que el cultivo. Los canales les sirvieron a sus habitantes para transportarse, al igual que a sus mercancías. La sorpresa de los españoles al entrar en la ciudad de Tenochtitlán la deja por escrito Bernal Díaz del Castillo, en el tantas veces citado texto que aquí transcribo, una vez más, para recordar cómo era aquella ciudad lacustre:

[...] Y otro día por la mañana llegamos a la calzada ancha y vamos camino de Iztapalapa.

Y desde que vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calzada tan derecha y por nivel como iba a México, nos quedamos admirados y decíamos que aquello parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís, por las grandes torres y cúes y edificios que tenían dentro del agua y todos de calicanto y aun algunos de nuestros soldados decían que si aque-

llo que veían si era entre sueños [...] (Díaz, 1965, p. 271).

Con la súbita llegada de otra cultura que sometió a la anterior, se construyó una nueva ciudad sobre la que existía, que cambió el rostro de la anterior, y la historia. La ciudad se transforma y se urbaniza con una traza renacentista: se construyen casas e iglesias en piedra y tezontle, lo cual dio ese espacio una fisonomía diferente. A pesar de haber cancelado canales y acequias, que con sus aguas durante miles de años alimentaron la cuenca de México, se respetaron las grandes avenidas de los mexicas, y también se aprovecharon algunos de los canales que continuaron con el transporte de verduras y frutas para surtir los mercados de la ciudad desde los lagos de Xochimilco y Chalco.

El canal de La Viga formaba parte del canal México-Chalco, donde se iniciaba, después atravesaba el dique de Tláhuac (que dividía los lagos de Chalco y Xochimilco) y se unía con la acequia que comprendía los pueblos de Culhuacán, Mexicalzingo, Iztacalco y Santa Anita; hasta entrar a la ciudad de México por la garita de la Viga, y finalizaba en las calles de Roldán por el rumbo de La Merced (Peralta, 2009, p.459). Como ya se mencionó, la comunicación lacustre fue fundamental en el mundo prehispánico, y a pesar de los intentos por desaguar los lagos durante la colonia, debido a las constantes inundaciones, la circulación por ciertos canales siguió siendo importante durante la Colonia y el siglo xix. En algunos de sus tramos se conoció como Acequia Real y Canal Nacional.

Durante el gobierno del virrey conde de Revillagigedo se concibió la idea de



Imagen 1. Mapa del canal en el siglo XIX

Este mapa fue realizado en el año 2000 y como dijimos arriba superpone la traza urbana de 1970 (por ser menos extensa que la actual) con la traza del antiguo canal de La Viga y la situación de los grandes lagos de Xochimilco y Chalco en el siglo XIX. En ella se muestran el Paseo de La Viga y el canal de La Viga.

construir el paseo de la Viga y la Garita para controlar el acceso a la ciudad, obra que funcionó durante todo ese período y el siglo XIX, hasta su destrucción total alrededor de 1923.

En las siguientes páginas, recorreremos el canal y el paseo de la Viga, con algunas referencias de los retratos literarios que de ellos hicieron escritores me-

xicanos y extranjeros.² Con ellos iremos de paseo tanto en trajineras como en carruajes por el canal y el paseo en el siglo XIX. Será a través de aquellos que con sus plumas nos dejaron *los cuadros de costumbres*. Pasearemos en el tiempo y el espacio, un espacio y un tiempo en el que actualmente encontramos avenidas de cemento surcadas no por canoas, sino por miles de automóviles, combis, camiones en su diario recorrido, para llegar a tiempo a su destino. Son conductores y pasajeros a los que la prisa, los semáforos y los nervios los acompañan, sin imaginar lo que en ese mismo lugar, a menos de una centuria, se encontraba.

El paseo de la Viga corría paralelo al canal, tenía un largo aproximado de dos kilómetros. Era un punto de reunión y encuentro al que se podía llegar a pie, a caballo o en carruajes. Se iniciaba cerca de la iglesia de San Pablo y continuaba bordeando el canal hasta la Garita. El canal se conservó hasta 1920. El nombre de La Viga, dice *Baetholomaeus Heller*, un alemán que visitó México entre 1845 y 1848, se debe a las vigas que se cruzaban en el agua para obligar a las trajineras y canoas a pagar desde la colonia la alcabala por cruzar el puente. Él describe el paseo que corre paralelo al canal como:

[...] una doble avenida de bellos árboles y que se extiende bastante lejos hasta el punto en el que un pequeño puente de piedra cruza el canal; de allí toma su nombre el paseo, ya que el cruce de canoas

² Para este trabajo no se incorporó la obra de Manuel Rivera Cambas, *México pintoresco, artístico y monumental* (1883), la cual será estudiada en futuros trabajos.

que deben pagar allí el impuesto, puede ser impedido por una 'viga' (Heller, 1993, p. 145).



Litografía de la segunda mitad del siglo XIX, una obra más del gran Casimiro Castro que con la colaboración de Juan Campillo logró dejar plasmada esta bella imagen obtenida desde las alturas en un globo aerostático.

El canal les resulta a los extranjeros, que dejaron descripciones de él, fascinante por la algarabía producida por la cantidad de personas que embarcan y desembarcan: las prisas, los gritos, el tráfico de canoas y trajineras, las mercancías que transportan, en fin, un interminable ir y venir de un lugar a otro con un movimiento constante para surtir a los mercados de la ciudad y también para pasear. Heller (1993) viaja por el canal hasta Santa Anita, en busca de las chinampas o jardines flotantes, que esperaba que en realidad flotaran y no como las vio y existieron siempre, asentadas en el fondo de las enramadas cubiertas de tierra, en donde se construían las chozas y se cultivaba. A pesar de no ver las islas flotando, como él esperaba, utiliza la expresión "quedar hechizado", con: "...la cantidad de flores que pueden verse en pleno florecimiento y entre las cuales puede descubrirse con frecuencia una pequeña casita pintoresca

que es la del dueño" (p. 146). Recomienda *la excursión* como una de las más agradables que se pueden hacer en México (Heller, 1993, p. 150).³

Los paseos eran esos espacios públicos, frecuentados por la sociedad *para ver y dejarse ver*, generalmente por las tardes. En la ciudad de México, tres eran los importantes: La Alameda, a la que rodeaban los carruajes y galanes montados en caballos. En esos paseos seguramente la galantería, los chismes, envidias y admiración se comentarían de regreso a casa. Otro de los paseos era el de Bucareli, que seguía camino a Chapultepec. El último era el de La Viga, que por su condición de lugar de encuentro entre indios, clases medias y ricos era el más democrático de todos, aunque cada uno ocupara su lugar. Este era, según lo dicho por nuestros escritores, el más colorido de la ciudad.

Uno de los primeros extranjeros que dejó un relato escrito sobre México, recién terminada la guerra de Independencia, en 1822, fue *William Bullock*, al que el Paseo de La Viga lo desilusiona, por lo que le habían contado de él, dice que los sábados y domingos eran los días más frecuentados, en los que:

Un gran número de elegantes carruajes y comitivas se presentan en estas ocasiones; sin embargo, sólo vi una carroza y dos volantas. El camino termina de pronto cerca de un puente y exclusiva bajo

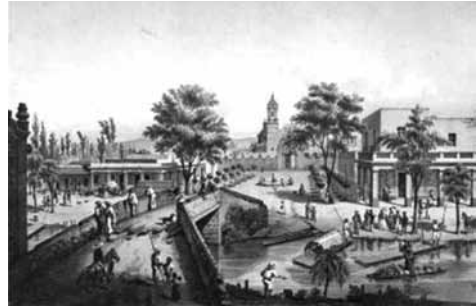
³ Heller (1993), como todo viajero a México, ha leído a Humboldt quien describe que hay dos tipos de chinampas: unas móviles que arrastran los vientos y las otras fijas y adheridas a la orilla, y solo las primeras merecen la denominación de jardines flotantes. Esta información de Humboldt es totalmente falsa (p. 150).

la cual pasa el canal de Chalco. La mayor parte de los coches van tan cerca unos de otros que impiden a los ocupantes ver más allá de la ventana del carruaje que va casi pegado a su lado. Estos coches van ocupados por lo general con damas, que a causa de esa ridícula costumbre no tienen ocasión de ser admiradas y lucir su buena figura y belleza. (Bullock, 1993, p. 123).

Sin embargo, ver a los indios que regresaban a sus poblaciones en la tarde en sus canoas, lo compensó con creces:

En las tardes apacibles, durante la estación de seca, los alrededores de la ciudad presentan un escenario de bullicio, alegría y deleite que difícilmente podría ser igualado; cientos de canoas entoldadas, de diversos tamaños, atiborradas de indígenas vestidos esmeradamente y con sus cabezas coronadas con hermosas flores pasan y repasan en ambas direcciones, cada trajinera, con su músico sentado a popa y tocando la guitarra, con algunos del grupo cantando o bailando, frecuentemente haciendo ambas cosas al mismo tiempo, presentan tal espectáculo de inocente e inofensiva diversión que, mucho me temo, rara vez se da en las ferias y festividades de nuestro país. (Bullock, 1993, pp. 123-124).

La Marquesa Calderón de la Barca, tal vez la cronista extranjera que mejor observó a México, durante su residencia en el país entre los años 1840-41, se extraña que a las mujeres mexicanas de sociedad no les guste pasear a pie, excepto en sus salidas a misa, ya que lo consideran poco elegante. A ella, sí le gusta caminar en la Alameda y disfrutar de la sombra de sus



Esta litografía fue realizada por G. Rodríguez, quien logra dejar plasmada la imagen del pueblo de San Matías Iztacalco, tal como era a, mediados del siglo XIX

árboles. El Paseo de Bucareli lo describe como una ancha avenida y una fuente en el centro, que remata con una estatua dorada de la Victoria. Ahí, todas las tardes se pueden ver los carruajes en donde pasean las damas para dejarse ver, pero el hecho de ir en los coches no les permite lucirse —comentario que coincide con el de Bullock—, por el hecho de no poder dejarse contemplar en toda su belleza, pues van adentro de los mismos. También dice, que no faltan algunos léperos mezclados entre la sociedad. Encuentra que este paseo goza de una hermosa vista de las montañas, sin embargo, para ella llega a ser monótono. La Marquesa prefiere el de La Viga, lo encuentra más vivo, alegre y sobre todo diferente. A este lo describe, así:

Le bordea un canal, con árboles que le dan sombra, y que conducen a las chinampas y se ve siempre lleno de indios en sus embarcaciones, en las que traen fruta, flores y legumbres al mercado de México. Muy temprano en la mañana, es un agradable espectáculo verlos cómo se

deslizan en sus canoas, cubiertas con toldos de verdes ramas y flores (Calderón, 1967, p. 79).

La señora Calderón de la Barca dice, que, cuando no tiene muchos compromisos, le gusta acercarse a La Viga, a las seis de la mañana, para pasar al tiempo, cuando el fresco es estimulante y poder ver a los indios con sus canoas y trajineras en el canal cubiertas de flores y legumbres. En una ocasión, en la tarde, subieron a una de las canoas grandes y llegaron hasta el pueblo de Santa Anita, en donde vieron las chinampas o jardines flotantes, y junto a ellas las chozas de los indios que llevan a vender sus productos a la ciudad, ahí, compraron las flores de rigor para todo aquel que disfrute de ellas. A su regreso, observa a los que vuelven; cantando, bailando, emborrachándose, comiendo, etcétera. Llama su atención una canción: el *Palomo*, melodía, de la cual dice que, a pesar de su monotonía, el ritmo le parece bello, ya que:

[...] las mujeres la cantan con tan adormecida dulzura, y sonaba tan acariciante que me quedé en un estado de agradableísimo ensueño y de perfecto deleite; y sentí tristeza cuando al llegar al desembarcadero tuvimos que regresar al coche y a la civilización, sin más recuerdos de las chinampas y unas cuantas guirnalda de flores (Calderón, 1967, p. 89).

Paula Kolonitz, austriaca, llegó con la corte de Maximiliano y Carlota, cuenta en su libro: “No puede decirse con palabras lo interesante que son los dos pequeños pueblos de Santa Anita e Ixtacalco, en las proximidades de la ciudad de México.”

(Kolonitz, 1984, p. 119). La descripción se repite por lo atractivo que le resulta:

Al sur de la ciudad, donde el canal de Chalco se hace más ancho, en el amplio puerto donde cada mañana llegan los indígenas con sus mercancías, se extiende el paseo de La Viga. Por allí se va a los pequeños pueblos en los que habitan solamente indios. Las más bellas flores se ven en sus proximidades y aun a las más pobres y pequeñas cabañas las rodea el perfume y la suave fragancia de las lindísimas flores que siempre las cercan. Este paseo es encantador. Las heladas cumbres de los volcanes, como si estuvieran a mitad de la calle, se levantan ante los ojos y, por la pureza del aire parecen estar más próximas que nunca. (Kolonitz, 1984, p.120).

Para los extranjeros, como se ha visto, el paseo y el canal de La Viga, son los más llamativos. Es natural que así fuera, no se parecen en nada a lo que han visto en sus países de origen: personas de diversas razas, vestimentas, costumbres, canales que transportan toda clase de flores y verduras en canoas durante todo el año, imposible de encontrarlas en sus países debido a las estaciones tan marcadas que hay en ellos. Ejerce una fascinación, precisamente por lo distinto, es un lugar que materializa *prácticas sociales culturalmente significativas*, diferentes actividades de recreación, comercio, oficios, vida cotidiana, que le otorgan una identidad. Aunque, en cada viajero, la experiencia y la sensibilidad son personales e intransferibles, lo que parece tan común y corriente para quien lo realiza, es aquello que se queda en la memoria del otro: un momento, una conversación, un paisaje.

Bullock después de un recorrido por el lago de Chalco y la descripción del día que ocupa en él, desde que se sube a las trajineras y observa cómo los jóvenes las empujan con pértigas, termina por disculparse con el lector que pudiera pensar que sus comentarios resulten tediosos, pero aclara que: “[...] el recuerdo de un día empleado de esta manera deja en mí una impresión más fuerte que las pasadas en la sociedad más pulida, donde todo lo que uno encuentra a su alrededor es artificial” (Bullock, 1983, p. 125). Lo que seduce de este espacio es su autenticidad, manifiesta en sus contrastes, actividades, personajes, prácticas sociales, comportamientos; el lugar para encontrarse con los otros.

A los escritores mexicanos no les fue indiferente el significado social y las tradiciones del paseo, el canal y los pueblos que recorrían, ya que, todo formaba parte de los habitantes de la ciudad de México, pues aunque estuvieran en las “afueras” de ella, estaban lo suficientemente cerca para aprovechar los días de fiesta e ir a pasar el día; independientemente de los que iban y venían todos los días en su quehacer diario, para ganar el sustento con la venta de su productos.

Manuel Payno, en su novela *Los bandidos de Río Frío*, aprovecha San Lázaro, los canales y las trajineras, para insertar la descripción de La Viga, ya que el lugar le da la oportunidad de urdir la trama de sociabilidad de una muy diversa índole. En una nota de pie de página, aclara, con aguda visión del futuro, que lo hace para dejar memoria de aquello que él ve. Aunque en el momento en que lo describe minuciosamente, no tenga ningún interés para los habitantes de la capital, que la transitan todos los días. Payno se da cuenta del cambio que se está efec-

tuando con la construcción de los caminos de fierro, y la modificación del espacio que concluirá por desaparecer, como efectivamente ocurrió (Payno, 1979, p. 220). Para describirlo, aprovecha que Cecilia, una de sus protagonistas, es una trajinera cuya ocupación es llevar sus legumbres al mercado de México:

El canal de la Viga, surcado por más de cien chalupas y canoas cargadas de flores, con su casas ruinosas por un lado, que se asemejan a las de los canales interiores de Venecia que fueron en cierta época residencias suntuosas de los ricos, y por el otro lado las anchas calzadas con arboledas, llenas de carruajes lujosos y de caballeros con el pintoresco traje nacional, tiene un aspecto de novedad y de interés histórico, pues se puede a la vez y en el mismo cuadro observar la raza antigua indígena con sus trajes y costumbres primitivas, y la gente criolla de origen español, con las pretensiones aristocráticas del lujo parisiense. (Payno, 1979, p. 219).

A Guillermo Prieto, maestro en la recreación escrita de la ciudad de México en sus obras y en sus memorias, le parece que el paseo de la Viga es el paseo popular por excelencia, en donde,

[...] las jóvenes de alto rango pueden lucir en carruajes abiertos, tocados y gasas, plumas y joyas. La clase presupuestivo-ra se enlaza tiernamente con el simón condescendiente, y transporta para dar en espectáculo familias enteras (Prieto, 1993, p. 220).

También se ve, al “pimpollo hacendado”, el panadero sesudo, el tocinerio de polendas, sacar a la luz sus caballos con ricos

jaeces, o el subteniente atrabancado, el meritorio de oficina, el tendero de abarro, pero, afirma:

[...] es la gran masa de pópulo la que ve el paseo como suyo, es el paseo de la casa de vecindad y de la vivienda interior, del taller, del plato y taza y de la accesorio comunicativa, de los ricos; en suma, es el *paseo popular por excelencia*. (Prieto, 1993, p. 101).

Con el seudónimo de *Fidel*, Prieto retrata en sus cuadros de costumbres, con la ironía que lo caracteriza: ambientes, diálogos, lo bonito y lo feo, dice que en la Alameda y Bucareli predomina la aristocracia, en las fiestas de barrios de los alrededores, generalmente de carácter religioso impe-ra el pueblo humilde, pero:

[...] La Viga, es de lo que todos dicen mío, y el niño y el anciano, la gran señora y la que vende nenepile, todo el mundo arriba, todos a gozar, Dios está de gresca, y derrama con mano pródiga el contenido de todos los corazones (Prieto, 1993, p. 108).

En el puente de la Viga, se tiene la primera vista del paseo:

A la derecha la pulquería, o sea perseguida y vejada cantina de la gente ordinaria, mejor dicho, sucesión de cantinas engalanadas con el nombre de Juárez... a la izquierda casucas de gente oscura que recibe sus visitas y tiene sus tertulias [...]. En el medio, amplísima, fresca, magnífica y sombría la gran calzada de fresnos y sauces llorones, por donde transitan en hileras que corren los coches, dejando el centro a la caballería [...]. Una de las

calzadas, la que tiene por límite la acequia, es amplia, despejada, y en sus bordes contiene a los vendedores de bizcochos, alegrías, chicha, dulces y pulque; la otra se avecina a jacales y chozas humildes, corrales en que se esperan la caída de la sombra las vacas y cabras, de donde suele brotar el canto del gallo enamorado o el rebuzno del asno [...] pero lo que desde luego llama la atención, es la multitud de fiesta: la ausencia de distinciones en el llamamiento a la alegría. (Prieto, 1993, p. 107).

A través de su pluma llegamos a los embarcaderos, con la multitud arremolinada disputándose por subir a las canoas, regateando con los remeros, y continuamos con los comentarios sarcásticos de la gente: sus intenciones, las familias, las amantes, los niños, las ancianas, tanto que comenta "harían las delicias de una caricatura" (Prieto, 1993, p. 108). Cantos, bailes, chismes, romance, borrachos, gritos, puestos, o las chalupas que por sí solas son restaurantes, todo rodeado de flores y frutas.

Fanny Chambers, en 1887, describe un 16 de abril en el que se inaugura en el canal de La Viga la anual *Fiesta de las Flores*. Dice que no hay celebración en la capital que produzca mayor regocijo a sus habitantes.

El *Paseo* [de la Reforma] queda desierto en tanto que el *boulevard* contiguo al canal de La Viga adquiere vida con centenares de elegantes carruajes ocupado por la élite de la ciudad y con los paseantes que a pie y a caballo acuden allá para presenciar el festival de los indios (Chambers, 1993, p. 241).

Nunca deja de ser un espacio de identidad y de pertenencia para sus habitantes.

En 1904, Antonio García Cubas, en *El Libro de Mis Recuerdos*, dice que después del carnaval, desde el miércoles de ceniza, hasta el jueves de la Ascensión, el paseo de Bucareli cedía el campo al Paseo de la Viga, y me permito extenderme en la cita, por ser una de las últimas descripciones antes de uno de los grandes cambios históricos con el estallido de la Revolución, y ya cuando el canal—dado el descuido en el que se le mantuvo—seguía, sin embargo, el bullicio de sus habitantes a su alrededor en determinadas fechas:

Que si el primero ofrecía poco atractivo por la escasez de árboles, el segundo seducía por su amenidad, más como en todo han de existir las compensaciones, el barrio que recorrían los carruajes, cabalgaduras y gente de a pie para llegar al primero, era hermoso, mientras el arrabal que atravesaban para arribar al segundo llamaba la atención por lo feo o sucio, hallándose en el tránsito la plazuelas de San Lucas y San Pablo en las que el viento levantaba densas nubes de polvo, circunstancia que ha determinado, sin duda, el abandono de ese paseo que ofrecía algunos atractivos.

Hallábase la calzada del Paseo de la Viga compartida en tres, como la de Bucareli, por hileras de sauces que por su follaje y dimensiones no desdecían de su calidad de árboles, pero como en todo eran contrarios ambos lugares, en el primero existía abundancia de agua y ninguna fuente, y en el segundo varias fuentes sin agua. Por la parte occidental del expresado paseo de la Viga extendíanse verdes campiñas interrumpidas por las

arboledas de las calzadas de San Antonio Abad, Niño Perdido y la Piedad, y remataban al pie de las lomas de Tacubaya. [...] El canal, limitado hacia la parte opuesta por varias quintas, con sus miradores atestados de curiosos, ofrecía escenas muy animadas. Las canoas, henchidas de gente, iban y venían deslizándose con la lentitud en la tranquila corriente, en tanto que el embarcadero, invadido por la multitud, despedía sin cesar embarcaciones fletadas por los que aceptaban la invitación de los remeros que continuamente gritaban; a Santa Anita, dos por medio real.

Aglomerábanse en dichas canoas hombres, mujeres y niños, gozando todos del contento general, diversamente manifestado según la clase y calidad de las personas. (García Cubas, 1978, p. 415).

El viernes anterior a la Semana Santa, día en el que la tradición conmemora a la Virgen de los Dolores, levantando altares con jarrones de agua, plantitas de chía, flores, comales y varios enseres; cientos de personas acudían a comprar, a la calle de Roldán, lo necesario para adornar dichos altares. Esa calle, dice García Cubas, no era nada agradable, y media calle era de tierra y media de agua:

El canal se hallaba completamente invadido por las canoas que habían llegado a ofrecer a los habitantes de la Capital las variadas producciones de las chinampas de Santa Anita, San Juanico e Ixtacalco, consistentes en abundante hortaliza y en profusión de flores. El gentío que llenaba la calle era inmenso, tanto que, como se dice vulgarmente, pudiera nadarse sobre las cabezas. Allí las familias decentes

mezclábanse, por fuerza, con las del pueblo bajo, y todas iban y venían de esquina a esquina, abriéndose cada cual, entre la multitud, un camino trabajoso que al fin se abandonaba para acercarse a la orilla del canal, con el intento de proveerse de flores y verduras. [...] Entre las nueve y diez de la mañana, la hora en que el sol, por su elevación sobre el horizonte empezaba a bañar con sus ardorosos rayos la famosa y sucia calle de Roldán, las familias abandonaban el canal, montando unas en sus carruajes que las esperaban en la calle del Puente de la Leña, y otras se dirigían a pie camino de sus casas, pero todas bien abastecidas de flores y no pocas, además, de hortaliza y de legumbres. (García Cubas, 1978, pp. 421-422).



La imagen corresponde al canal de Roldán en la segunda mitad del siglo XIX, mostrando los puntos de embarque y desembarque de mercancías, para abastecer los mercados de la zona

Régis Gibault, topógrafo del ejército de la Intervención Francesa, regresó a México entre 1910 y 1911, con el interés de ver lo que recordaba de México. Es a un joven, al que le corresponde el cargo de *cicerone*, por orden de su padre, para acompañar al

señor Gibault, ya que su abuelo, entabló amistad con el topógrafo durante su estancia en este país. Entre los lugares que recorren a petición del francés fue el barrio de la Merced, todo era nuevo y le resultaba extraño, sobre todo por las calles de Roldán, Miguelito, Embarcadero y otras que continúan hasta el barrio de San Pablo.

Le informé [dice el joven] que el cierre de canales y acequias periódicamente era motivo de orgullo municipal. Yo recordaba que la última acequia dentro del perímetro de la ciudad vieja se había cegado a principios de 1902... (Brena, 1993, p. 74).



Esta fotografía del primer tercio del siglo XX, muestra la situación de los Indios Verdes una vez que desapareció el canal de La Viga. Como se relata en algunos textos, se colocaron a principios del siglo XX al inicio del Paseo de La Viga, este lugar mostrado en la fotografía, corresponde con el cruce actual de la Calzada de La Viga y Fray Servando Teresa de Mier.

Otro de los deseos de Gibault fue ir al paseo de Santa Anita, al joven le extrañó porque nunca había estado ahí y sus padres si lo mencionaban era para denostarlo. El extranjero insistió que hicieran el paseo a pie. Se iniciaba en donde desde 1901, habían trasladado a los llamados Indios Verdes (Ahuíztotl e Izcóatl) de Reforma, al paseo de La Viga, en donde estuvieron hasta 1939, año en que se reubi-

caron en el norte de la ciudad, el joven no esperaba que fuera a elogiar las estatuas, y continuaron el camino por la margen izquierda del canal. La descripción que sigue es la que escribe el joven de lo que ve y la de la reacción de aquel hombre que había estado ahí casi cincuenta años antes:

[...]Esta era la colonia de La Viga, más proyecto que realidad urbana, como otras más. Gibault no cesó de voltear hacia la ribera opuesta, donde se alineaban fábrica tras fábrica. Tornó a asomarse por entre las bocacalles abiertas entre una y otra, como el día que fuimos a la colonia de Santa María, como si buscara algo. Solo encontró tugurios y lodosas calles. Al llegar a la garita de La Viga exclamó su proverbial "Ah, bah, voila". Significó, sin quererlo, que al menos eso seguía igual a como lo conocí.

Más allá de la garita, el canal describía un ligero quiebre y apuntaba hacia el pueblo de Santa Anita [...] Gibault decidió que termináramos de cruzar y avanzáramos un trecho hacia el sur, por el terraplén para los rieles del tranvía

[...] Como si hablara consigo mismo, algo me refirió de la temporada de Cuaresma, con paseo y trajineras por el canal, acompañados por músicos, con muchos puestos de antojitos fritangas, con guirnaldas de flores para las damas y enormes rábanos que los campesinos esculpían graciosamente en forma de animales. (Brena, 1993, pp. 125-126).

La sospecha que le dio al joven, es que el francés le dio la impresión de no querer hablar del pasado perdido.

Los tranvías sustituyeron, el transporte lacustre por el de fierro, como lo predijo Payno. Al finalizar la Revolución, alrededor de 1921, se decidió entubar los ríos de la ciudad. Como se dijo al inicio, las necesidades de los hombres cambian con el tiempo y con ellas los espacios. De aquel canal y paseo *no quedó nada que nos recuerde*, aquella alegría, conflictos, enamoramientos fugaces y regaños paternales, de los cientos de personas que ahí disfrutaron de un aire limpio, unas calles sucias, unas pulquerías con los mejores curados, moles y enchiladas, solo se conservan algunos nombres.

El aumento de la población implicó una acelerada ocupación de tierras, vías terrestres, que afectaron la comunicación de los canales al cortar la comunicación de aguas. Se entubaron los manantiales y ríos del Valle de México, que se habían convertido en agua estancada, depósito de basura y desechos. En 1940, se rellenó el canal de La Viga y, para 1957, fue pavimentado. Con la construcción de la Línea 9 del Metro en 1984, el Instituto Nacional de Antropología e Historia realizó un estudio en el que se registraron restos de los materiales y sistemas constructivos del canal, embarcadero, puente y garita de La Viga, que permitió definir las medidas de los espacios arquitectónicos, entre otros aspectos (Peralta, 2009, p. 467). Nada queda de aquello, del paseo imaginario que espero hayamos realizado, caminando, en carruaje o en trajinera. Sin embargo, es historia, es referente, sabemos por los relatos, las litografías, pinturas y fotos lo que significó este espacio público de socialización, con sus diversas redes, un lugar para guardar en la memoria de nuestra ciudad, ya que cada etapa

deja una huella en la historia y sus valores culturales. Se podrá imaginar con nostalgia aquel pasado, pero la explosión demográfica y la transformación gradual y acelerada de la ciudad que construimos día con día, y a la que todos contribuimos, en esta época de explotación ambiental y postindustrial, dejando nuestra huella. Se nos olvida el abuso que hacemos de los recursos naturales, básicos para la vida urbana. Pero, los tiempos cambian "Señor don Simón", y el siglo XXI, nos aguarda con nuevas expectativas, en ocasiones no muy estimulantes, pero siempre desafiantes. Las capas de cemento cubren las otras ciudades, otras épocas, otras maneras de convivencia, no las olvidemos, pues se así hablará de nuestras vías rápidas, segundos pisos, casas Geo, y eso sí, todavía inundaciones, aunque ahora se digan encharcamientos, como sucedía desde la Colonia, en esta nuestra ex lacustre ciudad de México. El joven que llevó a recordar el pasado al viejo militar francés, se reconoce como viejo hacia 1950, vive en una de las nuevas colonias, en ese México que crecía con enorme rapidez y confiesa:

Casi todas las tardes me asomo a mi ventana. A lo lejos se tiende un arco de montañas, que va desde el Ajusco hasta las cumbres nevadas del Iztaccíhuatl. Su vista me consuela. Al menos ese magnífico panorama dominará esta ciudad para siempre (Peralta, 2009, p. 128).

Actualmente, de aquel canal y paseo de la Viga solo perdura el nombre, por lo que su reconstrucción es imposible, y a pesar de no haber pasado cien años, este lugar queda como lugar de estudio para arqueólogos, historiadores, urbanistas, so-

ciólogos, etcétera. Las litografías, pinturas y fotos, como ventanas, permiten asomarnos a lo que fue, y los textos de aquellos que lo vivieron y describieron nos invitan a recrearnos en un pasado a través de sus plumas y a recorrer con ellas un espacio cubierto por otra ciudad, por la que hoy transitamos, con la imaginación. Y nos preguntamos ahora ¿esto es así? Raro es el día en que podemos ver los volcanes, lo que nos hace recordar y reflexionar, que lo que nunca cambia es el cambio.

Bibliografía

- Álvarez, A. et al. (2007). *Citámbulos. Guía de asombros de la ciudad de México. El transcurrir de lo insólito*. México: Océano-CONACULTA.
- (1991). *Aquel espacio cautivo. Fotos este-reoscópicas de la Ciudad de México de 1896 a 1913*. Fotografías de placas de cristal del Arq. Martín Juárez Carrejo. Texto de Gabriel Breña Valle. México: Bancrecer.
- Bullock, W. (1983). *Seis meses de residencia y viajes en México*. Trad. Gracia Bosque de Ávalos, Edición, estudio preliminar, notas, apéndices, croquis y revisión de texto: Juan A. Ortega y Medina. México: Banco de México.
- Calderón de la Barca, M. (1967). *La vida en México, durante dos años de residencia en ese país*. Traducción, y pról. Felipe Teixidor. 2ª ed. México: Editorial Porrúa S. A.
- Chambers, F. (1993). *Los mexicanos vistos de cerca*. México: Banco de México.
- García Cubas, A. (1978). *El Libro de mis recuerdos*. 7ª ed. México: Editorial Patria.

- Heller, C. (1987). *Viajes por México en los años 1845-1848*. México: Banco de México.
- Martínez, L. y Quiroz, T. (2009). *El Espacio. Presencia y representación*. México: UAM Azcapotzalco.
- Payno, M. (1979). *Los Bandidos de Río Frío*. México: Promexa Editores.
- Peralta Flores, A. (2009). *El canal, puente y garita de La Viga* en Carlos Sierra. *Historia de la navegación de la ciudad de México*. México: UNAM.
- Prieto, G., y Rosen, B. (1993). *Cuadros de Costumbres 2. "San Lunes de Fidel". Obras completas III*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Kolonitz, P. (1984). *Un viaje a México en 1864*. Trad. Neftalí Beltrán. Prólogo. Luis G. Zorrilla. Ilustraciones. Antonio Barrera. México: Fondo de Cultura Económica y Secretaría de Educación Pública.
- Brena, G. (1993). *Aquel espacio cautivo, Fotos estereoscópicas de la Ciudad de México de 1896 a 1913*. México: Bancrecer.

Cibergrafía

- Aguirre Botello, M. (2006). Galería Fotográfica Del canal de La Viga. 1855-1930. 5 de julio de 2019, de *México Maxico* Sitio web: <http://www.mexicomaxico.org/Viga/LaVigaGaleria.htm>

